

INCIDENCIA DE LA METEOROLOGÍA EN LA ORGANIZACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO. EL CASO NAVARRO A FINALES DEL SIGLO XVIII.

Cayetano FERNÁNDEZ ROMERO
Facultad de Comunicación
Universidad San Jorge (Zaragoza)

RESUMEN

Este estudio pretende establecer la incidencia que tiene la división cultural que presentan las regiones de clima templado en primavera, verano, otoño e invierno, en los calendarios de trabajo de los productos de la trilogía mediterránea y de la construcción, y por lo tanto en el mercado de trabajo. Además, comprobaremos que dicha estacionalidad determina algunas de las características del mundo del jornalero.

Palabras clave: estacionalidad, complementariedad, pluriactividad, calendario de trabajo, mercado de trabajo, trilogía mediterránea, jornalero.

ABSTRACT

This study aims to show the incidence that the cultural division has over the temperature climate regions on spring, summer, autumn and winter on the labour calendars of the Mediterranean trilogy products and on the building market, and therefore, on the labour market. Besides, we show that this seasonal fluctuation is responsible for several characteristics of the labourers' world.

Key Words: seasonal fluctuation, complementarity, multiactivity, labour calendar, labour market, mediterranean trilogy, labourer.

1. INTRODUCCIÓN

Tradicionalmente, el calendario laboral navarro ha girado en torno a dos estaciones: el verano y el invierno. De hecho, en el calendario vasco sólo existían en un principio dos épocas con palabras perfectamente diferenciadas *negua* (invierno) y *uda* (verano). Posteriormente, estas estaciones se dividieron en otras dos que son la primavera (*udaberri*) y el otoño (*uda-azken*) (SATRÚSTEGUI, 1974). Como señala Le Goff “El dominio cultural de los pueblos que viven en los climas templados ha difundido un esquema cuatripartito de las estaciones” (LE GOFF, 1991, 207-208).

Esta división del año, ha tenido una gran importancia, entre otras, en la organización social, laboral y económica en las sociedades del pasado. En este estudio, analizaremos la incidencia que tuvo este esquema cuatripartito de las estaciones en el calendario de trabajo agrícola y artesanal en la sociedad navarra a finales del siglo XVIII. Para ello describiremos y compararemos los calendarios de trabajo del mundo agrícola de la trilogía mediterránea con el de la construcción.

2. EL CALENDARIO DE TRABAJO AGRÍCOLA

En el mundo agrícola, el otoño, estación puente entre el verano caluroso y seco y el invierno frío y lluvioso, es un periodo de cambios de tiempo. La circulación atmosférica experimenta importantes cambios, el calor disminuye, aunque todavía pueden darse jornadas de mucho calor, las horas de sol se reducen, y aparecen las primeras lluvias. En esta etapa tenía lugar la labranza, aunque en algunas zonas se podía adelantar a agosto. El labrador, con las labores de arar, escocar y estermonar los terrones pretendía desmenuzar la tierra, conseguir que el sol y el agua penetraran mejor en ella, e igualarla. Una vez preparada la tierra tenía lugar la siembra. Sin embargo, si con el otoño se inicia el ciclo de las labores que se llevan a cabo en el cereal, en el de la viña ocurre lo contrario ya que llegamos al final de su ciclo con la vendimia, que está sujeta no sólo a la maduración de la uva sino también a la regulación de los municipios (ERASO, 1870; BIELZA DE ORY, 1972; MENSUA, 1960; ZABALZA, 1994). Esta actividad puede iniciarse a finales de septiembre y prolongarse hasta primeros de noviembre en las tierras situadas al norte de Navarra como podemos deducir de las prohibiciones existentes en localidades navarras como Andoáin para que los ganados no volvieran a sus términos hasta San Martín “pues la vendimia de algunas especies se retrasaba hasta acabar en esta fecha, para aprovechar las lluvias otoñales” (ZABALZA, 1994, 125).

Noviembre comprende el final del otoño y el principio del invierno. Las inclemencias meteorológicas, el ambiente generalizado de frío debido a la escasa radiación solar y el incremento del número de días festivos obligatorios, con la llegada del Adviento, entre otros, eran algunos de los motivos del descenso de actividades agrícolas. En este periodo sólo tenían lugar algunas labores preparatorias del viñedo, y la roza del olivar para limpiar el terreno y eliminar las malas hierbas que favorecieran la recogida de la oliva. Ésta última era la actividad que mayor cantidad de jornaleros demandaba el ciclo laboral del olivo. En ambos casos, se estercola, echando fiemo en un agujero excavado alrededor de la cepa u olivo, y se poda en seco (BIELZA DE ORY, 1972). A pesar de ello, no será hasta mediados de febrero cuando la actividad en la viña y del olivo empiece a resurgir, con la poda. En realidad es una continuidad de la poda en seco iniciada en noviembre y puede prolongarse hasta abril.

Con la primavera, el ritmo pausado y sosegado de la vida diaria laboral va acelerándose nuevamente. El número de horas de sol se incrementa y las temperaturas se suavizan. Como el otoño, ésta es una estación de transición y de cambios que a veces motivan la mala percepción de su duración. Con la llegada de marzo las horas de sol van ganando a las de la luna y así se llega al equinoccio de primavera, en el que los días se igualan a las noches. La escarda o arranque de malas hierbas, es una de las principales actividades que tienen lugar en el campo. También, en abril, podía tener lugar una segunda cava al olivar y la viña, con la finalidad de facilitar la penetración de aguas (*cf.*, BORRERO, 1983), y la poda, que se lleva a cabo entre primeros de marzo y primeros de junio. En el caso de la viña, también a primeros de febrero y hasta finales de junio apreciamos una actividad muy intensa en las labores de la tierra, hasta tal punto que las tareas de preparación de la tierra en primavera requieren el mayor número de jornaleros del año (*cf.*, LANA, 1995; ERDOZÁIN, 1999). A continuación, en los meses de mayo y junio, tiene lugar la edra o limpia de malas hierbas de la viña.

En el mes de junio tiene lugar el comienzo del verano. La Península Ibérica, ahora está bajo la influencia del Anticiclón de las Azores. Lo que caracteriza los días finales de junio, julio, agosto y primeros de septiembre es el ambiente seco y caluroso. Las labores de dicho periodo se inician a mediados de junio, con la primera escarda del maíz. Además, desde mediados de junio, empieza uno de los momentos en los que más gente se contrata al año y mayor número de jornadas se trabaja: la siega (BIELZA DE ORY, 1972); FLORISTÁN, 1982; CARO BAROJA, 1971; ERDOZÁIN, 1999; PEIRÓ, 2002). Esta actividad resulta a menudo muy dura ya que “debido al calor del estío, al esfuerzo agotador y al horario de la jornada, la siega distaba mucho de las bucólicas estampas de Millet, provocando a veces la muerte de los jornaleros mal alimentados” (JIMENO ARANGUREN, 1996, 119). En Tierra Estella, la siega “se realizaba desde mediados de junio, en las tierras más áridas del Somontano Viana-Los Arcos, hasta principios de agosto, en las tierras de Las Améscoas, las más oceánicas” (BIELZA DE ORY, 1972, 243).

A medida que se va acabando la siega, a finales de julio y también en agosto, tiene lugar la trilla y la parva, para desmenuzar la paja y separar el grano. Esta actividad se hace en un espacio circular llamado era y consiste en separar el grano de la paja mediante la técnica del aventado. Éste consiste en lanzar ambos elementos al viento: la paja es arrastrada por el viento mientras que el grano cae al suelo debido a su mayor peso (VIOLANT Y SIMORRA, 1949). Por otro lado, desde finales de junio y hasta agosto, las actividades de la viña casi desaparecen. En agosto se levanta la uva, es decir, se retira la tierra que está bajo los racimos, con el fin de que la uva no toque el suelo y las aguas de lluvia no pudran el grano.

En la Figura 1 (FERNÁNDEZ ROMERO, 2005, 43), podemos observar la distribución de las labores descritas anteriormente así como las jornadas de trabajo de los hombres en Tierra Estella, una región situada en la zona media occidental de Navarra.

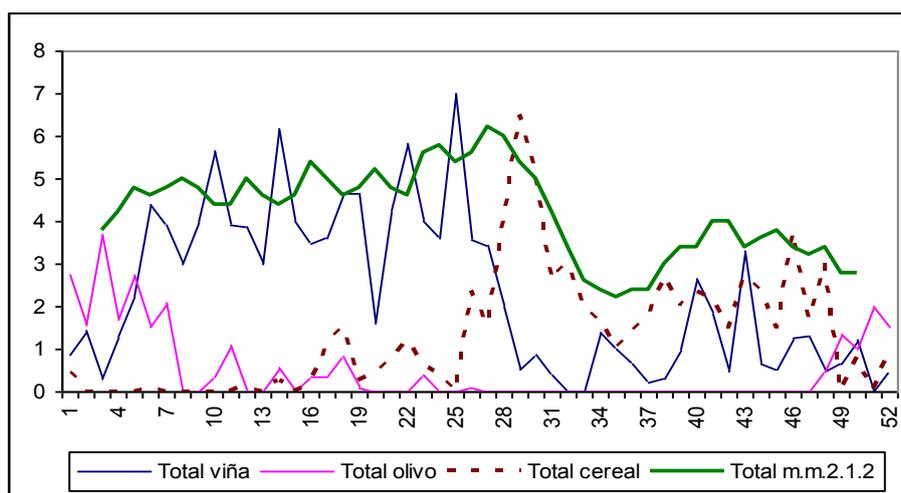


Fig. 1. Calendario laboral de los jornaleros. Días de trabajo por semana. Irache (1561-1820).

En dicha figura se observa la acusada estacionalidad y complementariedad de la demanda de mano de obra que requieren las diferentes labores de los productos de la trilogía mediterránea a lo largo del año: en diciembre y enero se trabaja en el olivo;

entre febrero y junio, el trabajo se concentra en la viña con los trabajos de cava y poda; en julio, la siega es la que acapara toda la ocupación; y finalmente en octubre y noviembre, el trabajo se reparte entre la dedicación a la viña -vendimia y cava- y especialmente las labores destinadas a la labranza y siembra del cereal.

Además, podemos comprobar cómo varía el número de días de trabajo en el mundo agrícola. A medida que nos acercamos al ciclo primaveral, entre febrero y mediados de junio, se produce un despertar del letargo del invierno que implica un mayor número de días de trabajo: de 4 a 6 días por semana. Desde mediados de junio hasta finales de septiembre ocurre lo contrario. El número de días semanales de trabajo se reduce hasta 2, aunque el periodo en el que el campo requiere menos días de mano de obra son los meses de agosto y septiembre. En este periodo se celebran el 60% de las fiestas patronales de Navarra (FERNÁNDEZ y USUNÁRIZ, 2000). En octubre y noviembre el número de días vuelve a ascender hasta 4, pero a medida que nos acercamos al invierno, este número vuelve a reducirse.

Hasta ahora hemos analizado el calendario laboral de los hombres. Ahora pasamos a describir el de las mujeres. En la figura 2 (FERNÁNDEZ ROMERO, 2005, 43), mostramos en qué momentos y de qué manera se distribuye su trabajo en las labores que demanda la producción de la trilogía mediterránea. Lo primero que llama la atención es la acusada estacionalidad de las labores que lleva a cabo la mujer en el campo.

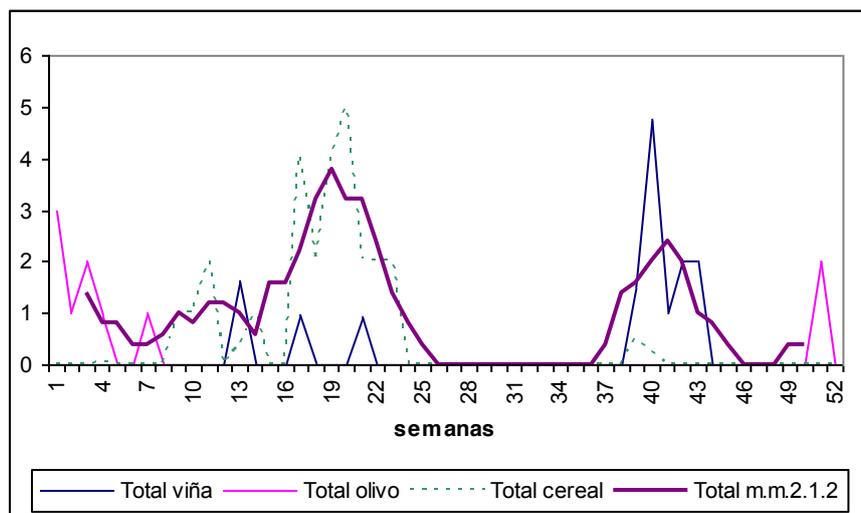


Fig. 2. Calendario laboral de las jornaleras. Días de trabajo por semana. Irache (1561-1820).

Los resultados nos indican una especialización de las mujeres en algunos trabajos, como la escarda (las jornadas anuales del hombre son sólo 6,6 mientras que las de la mujer pueden llegar a ser de 25,5) o la vendimia (dónde el número de días de trabajo anuales de la mujer, 11,3 días, es algo superior al del hombre, 8,1). La razón de esta especialización puede deberse a una distribución racional de la mano de obra en los momentos en los que coinciden varias actividades ya que las que requieren mayor empleo de fuerza como la cava y el arado, o cierta cualificación como la poda, las

realizan los hombres, y las más ligeras o con menor grado de especialización, se dejan al cuidado de las mujeres. Por ejemplo, la escarda, desarrollada mayoritariamente por mujeres, se lleva a cabo en primavera, estación en la que los hombres están realizando labores en la viña, como la cava, la poda y la edra. Otro ejemplo es la vendimia, en la que también se observa un protagonismo del papel de las mujeres y coincide con un momento importante del ciclo agrícola: la labranza de las tierras del cereal, ejecutado por los hombres.

Una excepción a esta teoría de la división de las labores por sexo, fuerza o cualificación, la encontramos en la recogida de la oliva. Esta es una labor que no precisa ni fuerza ni cualificación, por lo que perfectamente podría haber sido desempeñada por mujeres. Sin embargo, esto no era así (el trabajo de la mujer de 9,9 días, es claramente inferior al del hombre, 17 días). La explicación quizás debamos buscarla en el hecho de que es un trabajo que se desarrolla en un periodo de tiempo en el que las labores del campo están casi paralizadas, y por lo tanto, el hombre, libre de ocupaciones, es quien se dedica a ello mientras que la mujer, en casa, realiza otro tipo de actividades como la confección de vestido.

La existencia de un calendario de trabajo agrícola femenino tan reducido nos puede estar indicando que las tareas de las mujeres se encamina a otro tipo de trabajos como el servicio doméstico (FERNÁNDEZ ROMERO, 2005; RINGROSE, 1983; SARASÚA, 1994).

3. EL CALENDARIO DE TRABAJO DE LA CONSTRUCCIÓN

A pesar del carácter rural que caracteriza la sociedad navarra preindustrial, ya que según el censo de 1887 todavía el 78,6% de la población se dedica al sector primario, no debemos olvidar la existencia del sector industrial, que estaría incompleto sin el artesanado urbano entre el que se incluye el gremio de la construcción (MIKELARENA, 1995). En el sector de la construcción, a pesar de no poder establecer un ciclo de tareas a lo largo del año, lo que se observa es que también existe una acusada estacionalidad en la contratación de trabajadores, como podemos apreciar en la figura 3 (FERNÁNDEZ ROMERO, 1998, 2000).

En dicha figura podemos observar que entre los meses de abril y de septiembre las obras de cantería demandan más personal, con una media mensual de unos 40 hombres. En cambio, cuando se inicia el otoño, y especialmente en invierno este número decrece considerablemente hasta llegar a los 10 de Febrero. Al igual que en el ciclo agrícola, durante los meses de invierno existe una menor demanda de trabajadores. En este caso el descenso en el número de trabajadores contratados no parece depender tanto del tipo de labores a realizar sino de los rigores del invierno y la menor duración de luz solar que dificultan un ritmo continuo de trabajo a lo largo del día.

Esta contratación de canteros condicionada por las estaciones coincide, en gran medida, con uno de los momentos de mayor demanda de jornaleros en el campo. Este hecho nos hace pensar en una competencia por los trabajadores entre ambos sectores de trabajo. Sin embargo, si agrupamos a los de la construcción según el número de días que trabajan por semana, tenemos, por una parte, los que trabajan la semana completa en la construcción, 6 o más días, y por otra parte, un grupo que trabaja cinco o menos días.

Esta división matiza la hipótesis anterior de la existencia de dos mercados de trabajo, el agrícola y el artesanal, compitiendo por los mismos trabajadores en determinadas fechas ya que el periodo de tiempo en el que se demanda más mano de obra en la construcción, a “tiempo completo”, se corresponde con los meses de agosto y septiembre, momento del año en el que se produce una menor demanda de mano de obra en las labores agrícolas, como queda reflejado en la figura 4 (FERNÁNDEZ ROMERO, 2000).

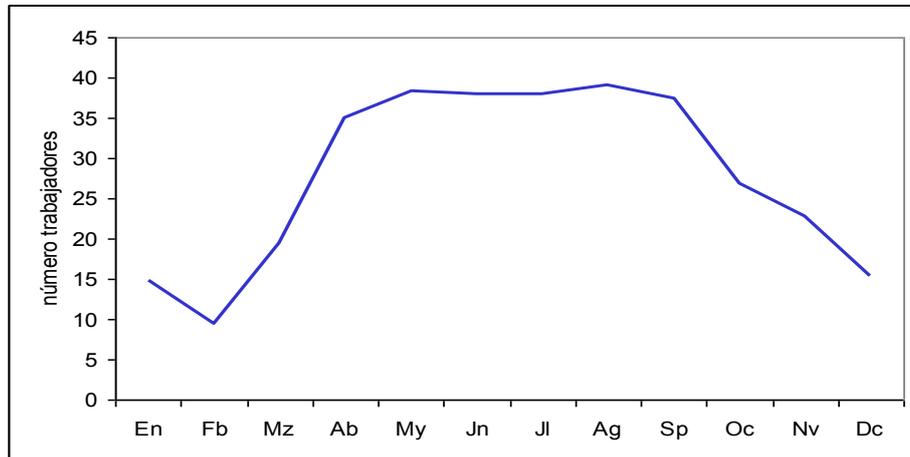


Fig. 3. Evolución del número de peones canteros contratados por meses. Pamplona (1791-1800).

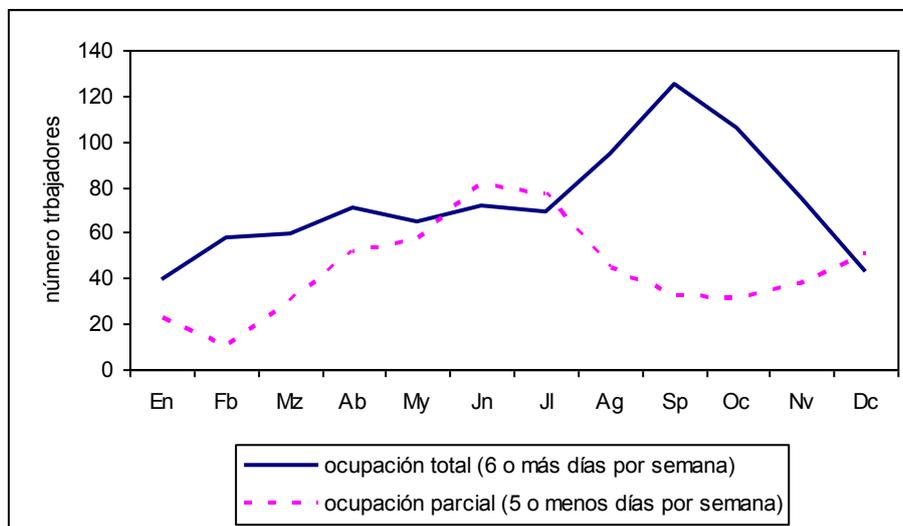


Fig. 4. Ciclo de trabajadores parcial y totalmente ocupados en la construcción. Pamplona (1791-1800).

4. CONCLUSIONES

Si cotejamos el calendario de trabajo agrícola (Figura 1) y el calendario de trabajo de los empleados en la construcción (Figura 4), podemos observar cómo ambos

calendarios se complementan, ya que los meses en los que el trabajo agrícola cae, especialmente en agosto y septiembre, es cuando el porcentaje de los trabajadores de la construcción a tiempo completo (6 o más días por semana) es más elevado, mientras que el número de días de los contratados en la construcción a tiempo parcial (cinco o menos días) desciende.

Este hecho nos puede estar indicando la existencia de un sector de trabajadores del campo no especializado que aprovecha la estacionalidad y complementariedad de las labores agrícolas así como las variaciones en las fechas de ejecución de dichas labores ya que por cada cien metros de altitud había cuatro días de retraso en la cosecha (CARO BAROJA, 1974). Ambos aspectos, la estacionalidad de las labores de los productos de la trilogía y la diferencia temporal en su ejecución son las que permiten a los jornaleros desplazarse de las zonas más meridionales a las más septentrionales para prolongar el calendario de trabajo y reducir de esta manera el paro estacional. Por ejemplo, entre las labores agrícolas que se llevan a cabo en la Cuenca de Pamplona y Tierra Estella, hemos observado una diferencia temporal de un par de semanas en la realización de ciertas labores. En la Cuenca de Pamplona, levantar la uva se lleva a cabo en las semanas 36-38, la vendimia en las 42-43 y la labranza en las 56-48; mientras que en Irache dichas actividades se llevan en las semanas 35, 40-41 y 43-44 respectivamente. Como se puede apreciar, en las tierras de Estella se desempeñan las labores unos 10 días antes que en la Cuenca de Pamplona (FERNÁNDEZ ROMERO, 2005). Estos desplazamientos temporales también han sido recogidos en el ámbito navarro en otros trabajos: “La siega se iniciaba al sur de la provincia en junio, en la zona media en julio y se prolongaba hasta agosto en la montaña, permitiendo el desplazamiento de segadores de la Ribera a la zona Media y Montañosa y viceversa” (JIMENO ARANGUREN, 1996, 119). También se observa este fenómeno a escala nacional (EIRAS, 1993; FERNÁNDEZ DE PINEDO, 1974, 1993; GARCÍA SANZ, 1981; BIELZA DE ORY, 1972; SAAVEDRA, 1985; MORENO Y ZABALZA, 1999; KRÜGER, 1996).

En resumen, si tenemos en cuenta el tipo de trabajadores que trabaja parcialmente en la construcción, podemos pensar que formaban parte de un grupo de jornaleros que se desplazaban para intentar, colocarse en otros sectores como el de la construcción, cuando no completaban la semana de trabajo en la actividad agrícola o bien en periodos intermedios entre dos actividades importantes con ciclos diferenciados, (*e.g.*, la siega y la vendimia).

Para finalizar, queremos resaltar la incidencia, del esquema cuatripartito de las estaciones en la definición del jornalero y en la organización del trabajo a finales del siglo XVIII en zonas de clima templado.

Entre los aspectos más destacados queremos resaltar la estacionalidad como uno de los elementos que mejor define el trabajo del jornalero. Esta característica es la que marca unos momentos muy intensos de trabajo, generalmente en primavera y en otoño, y otros de menor trabajo, en la segunda mitad del verano y en invierno.

Como consecuencia de esta estacionalidad, podemos deducir que la segunda característica que define el mundo del jornalero es la complementariedad que se observa entre las diferentes labores que demandan los trabajos de los productos de la trilogía mediterránea y otras tareas artesanales como pueden ser la construcción. Dicha

complementariedad es muy importante para las personas que venden su trabajo por un jornal ya que reduce en buena manera el paro estacional.

Derivada de la anterior, cabe resaltar una tercera característica que define a este último grupo de trabajadores, la pluriactividad, ya que pueden alternar su trabajo como jornaleros con otros como cultivar sus propias tierras (entre ellas los huertos), explotar la riqueza de los comunales (esenciales para las gente de la época porque de ellos extraían los complementos para su propio autoabastecimiento, como la caza, la pesca, la recogida de frutos salvajes y madera para construir y materia de combustión) o bien llevar a cabo otras actividades como la construcción.

Por último, quisiéramos hacer una breve mención al calendario de trabajo femenino. En este caso también se observa una acusada estacionalidad ya que su presencia más importante se realiza en trabajos como la escarda o la vendimia, es decir, en labores que requieren menos fuerza y cualificación. Este hecho unido a sus bajos salarios son las posibles motivaciones de la feminización del sector doméstico en Pamplona desde finales del siglo XVIII.

5. BIBLIOGRAFÍA

- BIELZA DE ORY, V. (1972). *Tierra Estella. Estudio Geográfico*. Editorial Aranzadi, Pamplona.
- BORRERO FERNÁNDEZ, M. (1983). *El mundo rural sevillano en el siglo XV: Aljarafe y Ribera*. Diputación Provincial. Sevilla
- CARO BAROJA, J. (1971). *Etnografía Histórica de Navarra*. Caja de Ahorros de Navarra, Vol II, Pamplona.
- CARO BAROJA, J. (1984). *El Estío festivo (fiestas populares de verano)*. Taurus, Madrid.
- ERASO, B. (1870). *Tratado de vinos de Navarra*. Imprenta Provincial, Pamplona.
- ERDOZÁIN, P. (1999). *Propiedad, familia y trabajo en la Navarra contemporánea*. Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultural, Pamplona.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (1974). Crecimiento económico y transformaciones sociales en el País Vasco (1100-1850). Siglo XXI, México.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (1993). “Los movimientos migratorios *médium-distance* vasco-navarro”. *Migraciones II*, pp.125-149.
- FERNÁNDEZ ROMERO, C. (1998). “Competitividad entre el mercado de trabajo rural y el urbano en Navarra”. *II Congreso Internacional de Historia de los Pirineos*, Gerona (en prensa).
- FERNÁNDEZ ROMERO, C. (2000). “Estudio comparativo de los ciclos de contratación y el salario del sector agrícola y el sector de la construcción. Navarra, (1791-1800)”. *Vasconia*, 30, pp. 99-118.
- FERNÁNDEZ ROMERO, C. (2005). *Gastos, ingresos y ahorro familiar. Navarra, 1561-1820*. Eunsa, Pamplona.
- FERNÁNDEZ ROMERO, C y USUNÁRIZ GARAYOA, J. M^a. (2000). El año ritual en la España de los siglos XVI y XVII”. *Memoria y Civilización* 3, pp. 37-71.
- FLORISTÁN IMÍZCOZ, A. (1982). *La Merindad de Estella en la Edad Moderna*. Institución Príncipe de Viana, Pamplona.
- GARCÍA SANZ, A. (1983). *La Respuesta a los Interrogatorios de Población, Agricultura e Industria de 1802*. Laser, Pamplona.

- EIRAS ROEL, A. (1993). "Migraciones internas y médium-distance en España en la Edad Moderna". *Migraciones II*, pp. 61-96.
- GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1970). "La fachada neoclásica de la catedral de Pamplona". *Príncipe de Viana*, XXXI, pp. 5,64.
- JIMENO ARANGUREN, R. (1996). "El calendario de las labores agrícolas". *Etnografía de Navarra. Diario de Navarra*, Pamplona.
- KRÜGER, F. (1996). *Los Altos Pirineos. Las labores del campo*. Vol. II. Garniseu Edicions, Huesca.
- LANA BERASÁIN, J.M. (1995). "Trabajo, técnica y mercado en la viticultura navarra: los viñedos del Marqués de San Adrián en Monteagudo durante el siglo XIX". *Noticiero de Historia Agraria*, nº 10, pp. 131-158.
- LAPUENTE MARTÍNEZ, L. (1990). *Las Amescoas (Estudio Histórico-Etnográfico)*. Aristubeltza, Pamplona.
- LE GOFF, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona.
- MENSUA FERNÁNDEZ, S. (1960). *Los sistemas de cultivo tradicionales y su proyección económica. La Navarra Media Oriental. Estudio Geográfico*. CSIC, Zaragoza.
- MIKELARENA PEÑA, F. (1995). *Demografía y familia en la Navarra tradicional*. Gobierno de Navarra. Departamento de Educación, Cultura, Deporte y Juventud, Pamplona.
- MORENO, A. y ZABALZA, A. (1999). *El origen histórico de un sistema de heredero único. El prepirineo navarro, 1540-1739*. Instituto de Ciencias para la Familia, Universidad de Navarra. Pamplona.
- PEIRÓ ARROYO, A. (2002). *Jornaleros y Mancebos. Identidad, organización y conflicto en los trabajadores del Antiguo Régimen*. Crítica, Barcelona.
- PEJENAUTE GOÑI, J.M^a. (1999). *Los refranes del tiempo en Navarra. (Meteorología Popular Navarra)*. Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona.
- RINGROSE, D.R. (1983). *Madrid and de Spanish economy 1650-1850*. University of California Press, Oxford.
- SAAVEDRA, P. (1985). *Economía, política y sociedad en Castilla: la provincia de Mondoñedo, 1480-1830*. Xunta de Galicia. Consellería da Presidencia, Galicia.
- SARASÚA, C. (1994). *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Siglo XXI, Madrid.
- SATRÚSTEGUI, J.M^a. (1974). *Etnografía de Navarra. Solsticio de invierno*. Ediciones y Libros, Pamplona.
- VIOLANT Y SIMORRA, R. (1949). *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*. Plus Ultra, Madrid.
- ZABALZA SEGUÍN, A. (1994). *Aldeas y campesinos en la Navarra prepirenaica (1550-1817)*. Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura, Pamplona.